



S. ENRIQUE EMPEIRADOR.

te agradan mucho mil invenciones de la vanidad, cien cachivaches de la moda, á cual mas costosos, á cual mas superfluos, y á cual menos cristianos. Este sacrificio te pedia Dios, y tú no le quisiste hacer. Guardas tus votos religiosos, y observas exactamente ciertas reglas; pero no cumples con otras fáciles y menos considerables. La observancia de estas te pedia tambien Dios, y no has querido concedérsela. Tu vida es igual, devota, arreglada, ejemplar; pero al cabo del dia te estaba pidiendo Dios algunas pequeñas mortificaciones. Suprimir un dicho agudo, mortificar una curiosidad, bajar el tono de la voz, guardar modestia en tal ocasion; estos sacrificios son bien pequeños, y tú los harias por un corto interés, por servir á un amigo, por complacer á una persona, etc. Pidiótelos Dios, y no los quisiste hacer por él. Estos hechos te deben avergonzar; tu conciencia te acusa de ellos; ¡y despues te quejas de la sequedad, y de que la gracia no allane las dificultades que experimentas en el servicio de Dios! *Date, et dabitur vobis*: da á Dios esas cortas señales de fidelidad, y Dios te concederá aquellos abundantes consuelos interiores, que hacen tan suave su yugo y su carga tan lijera.

DIA QUINCE.

SAN ENRIQUE, EMPERADOR.

Nació en el castillo de Auda, sobre el Danubio, el año de 972, siendo su padre Enrique, duque de Baviera; y su madre Gisella, hija de Conrado, rey de Borgoña. Administróle el santo bautismo Wolfango, obispo de Ratisbona, quien, sintiendo dentro de su corazon ciertos secretos anuncios de la futura santi-

dad del tierno príncipe, quiso encargarse de su educacion; y le crió con el mayor cuidado, inspirándole los mas puros principios de la piedad cristiana. Imprimióle tanto horror al vicio, que no podian ser mas inocentes las costumbres del niño Enrique. Contribuian mucho á la eficacia de las saludables instrucciones del santo prelado el bello natural del príncipe, su corazon recto y compasivo, su ingenio tan pronto como dócil, su aire apacible, pero al mismo tiempo majestuoso, y unos modales nobles, naturalmente gratos, desembarazados y atentos. Previendo san Wolfango los grandes bienes que prometian á la Iglesia y al Estado las virtuosas inclinaciones y los elevados talentos de su discípulo, no perdonó medio ni diligencia para formar en él un gran santo y un gran príncipe.

Logrólo todo felizmente. Aprovechóse Enrique admirablemente de las lecciones que oia á tan hábil como experimentado maestro; y en pocos años hizo asombrosos progresos en el difícil arte de obedecer á Dios y mandar á los hombres. Muerto Wolfango, no por eso se desvió un punto el príncipe de aquel método de vida que habia entablado por su consejo; y creciendo con los años la virtud, era ya el príncipe de Baviera la admiracion de todas las córtes cuando la muerte le quitó á su querido maestro. Sintió y lloró esta pérdida como era justo; y para hallar algun consuelo en su dolor, todos los dias pasaba muchas horas de oracion sobre su sepultura, regándola siempre con tiernas y dulces lágrimas.

Dormia una noche el príncipe en su cuarto, y soñó que estaba sobre la sepultura de san Wolfango, pareciéndole que veia al mismo santo, y que con el dedo le mostraba un letrado escrito en la pared, mandándole que le leyese; pero que él, por mas que se esforzaba en leerle todo, no pudo pasar de estas

dos palabras: *Post sex*, despues de seis. Habiendo despertado, comenzó á discurrir qué podria significar aquel misterioso sueño; y concluyó que sin duda le daba á entender habia de morir dentro de seis dias, con cuyo pensamiento solo se empleó en disponerse para la muerte, añadiendo á sus devociones muchas limosnas, y grandes penitencias á los sacramentos de la confesion y de la Eucaristía. Hallábase pronto su rendido corazon cuando, habiéndose pasado los seis dias, y no experimentando novedad en su salud, juzgó que se habia equivocado, entendiendo por seis dias los que eran seis meses; y rindiendo al Señor muchas gracias porque le concedia mas tiempo para disponerse á morir, pasó aquellos seis meses en oraciones, en penitencias y en buenas obras. Al cabo de los seis meses, como vió que tampoco le faltaba la salud, creyó que aun no estaba en disposicion de presentarse á los ojos de Dios, y que su misericordia le concedia todavía otros seis años de vida. Aprovechóse de la ocasion, y persuadido de que estaba muy próxima su postrera hora, negociaba con todo para el cielo. Desprendido de todo lo terreno, únicamente suspiraba por su amado; y encendido en amor de Jesucristo y en una tierna devocion á la santísima Virgen, pasaba los dias y las noches al pié de los altares, de donde no se arrancaba sino para ejercitarse en otras buenas obras. Así iba el Señor disponiendo aquella grande alma para preservarla del veneno de las grandezas humanas, en medio de las cuales habia determinado su amorosa providencia hacerle santo. Con efecto, pasado el término de los seis años, y habiendo muerto Oton III, fué Enrique elegido emperador y consagrado rey de Germania por Wigilliso, arzobispo de Maguncia; y no se puede explicar el gozo de toda Alemania con la noticia de la eleccion de tan santo rey, siendo universal el aplauso.

Ya hacia algunos años que Enrique estaba casado con santa Cunegunda, hija de Sigefredo, primer conde de Luxembourg; pero como eran tan parecidas las costumbres, habia unido la virtud aquellos dos corazones con un vínculo tan puro, como eran castas las almas; y desde el primer día de la boda mutuamente habian convenido, por un heroísmo de virtud tan rara como magnánima, que vivirían y se amarían como hermano y hermana.

Fue ungido y consagrado el rey el día 7 de junio del año 1002; y el 10 de agosto del mismo año dispuso que fuese coronada la reina. En nada alteró la nueva dignidad el ejemplar método de vida que observaba el santo rey; solo añadió nuevo esplendor á su virtud, sirviendo su elevación únicamente para la mayor exaltación de la Iglesia, y su poder para mayor triunfo de la religion. Impúsose desde luego por la primera de sus obligaciones el sacrificar su descanso á la felicidad de los pueblos, haciendo suyos propios los intereses de sus vasallos. Dedicó sus primeros desvelos á que reinase la justicia en sus estados, y á corregir desórdenes que turbaban la quietud pública, y desconcertaban la disciplina de la Iglesia. Irritó á muchos principes alemanes el zelo del virtuoso monarca: al descontento se siguió la rebelion; pero la moderación y la prudencia de Enrique la sufocaron en su mismo nacimiento. Redujo los rebeldes á su deber, y se aprovechó admirablemente de la paz para hacer que floreciese en Alemania la religion. Enriqueció muchas iglesias con grandes dádivas su piadosa liberalidad, y reparó las de Hildesheim, Magdebourg, Strasbourg y Meersbourg, casi del todo arruinadas por la barbarie de los esclavones. Apoderáronse estos bárbaros de la Polonia y de la Bohemia; juntó Enrique sus tropas, y marchó contra aquellos enemigos de la Iglesia y del Estado. Presto experimentó las

ventajas que lleva el que combate por la causa de Dios. Conociendo que seria forzoso venir á las manos, fué su primera diligencia poner su persona y su ejército bajo la protección de los santos patronos del país, singularmente de san Adrian, cuya espada fué á tomar en Wasbech, donde se conservaba como preciosa reliquia. La vispera de la batalla mandó que comulgasen todos los soldados, dándoles él mismo ejemplo; y el día siguiente, habiéndose avanzado los enemigos con un aire fiero y arrogante, el rey, que era uno de los mayores capitanes de su tiempo, ordenó su ejército en batalla. No le acobardó el número de los bárbaros, aunque era doble del de los alemanes; y habiendo corrido personalmente las líneas, lleno de confianza en la protección del cielo, animó á los soldados á combatir, tanto por los intereses de la religion, como por los de la patria. Ya se iba á dar la señal de acometer, cuando se notó un grande movimiento en el ejército enemigo; era un terror pánico el que se habia apoderado del corazón de aquellos bárbaros; cada uno de ellos pensaba solamente en escapar como podia; y queriendo los oficiales detenerlos, volvieron las armas contra ellos; de manera que por un prodigio nunca oido, aquel formidable ejército se deshizo por sí mismo, sin que el de Enrique hubiese sacado la espada. Reconociendo el religioso principe la mano visible del Señor, levantó los ojos al cielo y exclamó: *Glorificante, ó gran Dios, todas las naciones, porque protegiste á los que confiaban en ti.* Repitió todo el campo muchas veces las mismas palabras, y resonaban en el aire las gracias y las aclamaciones.

Con esta gran victoria se vieron precisados los esclavones á pedir la paz, y Enrique se la concedió con las condiciones de que la Polonia, la Bohemia y la Moravia serian sus tributarias. Despues cumplió con

real magnificencia el voto que habia hecho de reedificar la iglesia y obispado de Meersbourg; fundó el de Bamberga; y á este efecto, como al de restablecer la disciplina eclesiástica en Alemania, juntó los prelados en Francfort, en cuya ocasion dió el religioso príncipe el mas esclarecido ejemplo de su profunda humildad y de su respetuosa veneracion al sacerdocio; porque, habiendo entrado donde estaban congregados los obispos, se postró delante de todos, manteniéndose en esta humilde postura hasta que el arzobispo de Maguncia le obligó, en nombre de toda la congregacion, á que se levantase; y tomándole por la mano, le condujo al trono, que se le habia prevenido en la sala. Arregladas en la junta todas las cosas, deseando Enrique dejar mas cimentada en Bamberga la piedad, fundó dos monasterios, uno de canónigos reglares de san Agustin, y otro de monjes benedictinos, despues de lo cual dispuso el viaje de Italia.

Habianse levantado los Lombardos, conmovidos por los artificios de cierto señor, llamado Arduino, que se puso al frente de ellos; marchó Enrique contra los rebeldes y los deshizo enteramente. Coronado en Pavia rey de Lombardía, dió prontamente la vuelta á Alemania para sosegar las inquietudes que habian suscitado algunos malcontentos; conseguido esto, volvió con aceleracion á Italia, donde acabó de reprimir los nuevos esfuerzos de los Lombardos, cediendo todo á su valor, á su justicia y á sus rectas intenciones. Tantas victorias consiguió su clemencia como su magnanimidad. Maltrataron á algunos oficiales suyos los vecinos de Troya, corta ciudad de la Calabria, y resolvió castigarlos severamente para que sirviese de escarmiento. Conociendo los delincuentes la piedad del príncipe, juntaron todos los niños y se los pusieron delante, derramando muchas lágrimas aquellos inocentes ó implorando su clemencia.

Enternecióse el emperador y los perdonó, diciendo que unas lágrimas capaces de desarmar la cólera de Dios no podian menos de aplacar la suya.

Aun mas que los propios intereses animaba á Enrique el zelo de procurar la paz á la Iglesia. Esto le obligó á emplear toda su autoridad y todo su poder para exterminar las divisiones que ocasionaba en Roma el antipapa Gregorio, que despues de la muerte de Sergio IV disputaba el pontificado al legitimo papa Benedicto VIII. Extinguió el cisma el religioso príncipe; y pasando á Roma con su esposa santa Cunegunda, fué recibido en aquella ciudad como gloria y modelo de emperadores cristianos, y como el mas zeloso defensor de la Iglesia. Coronóle por emperador de los Romanos el papa Benedicto, y en la misma ceremonia fué coronada santa Cunegunda por emperatriz. Presentó el papa al emperador un globo de oro, engastado de piedras preciosas, de cuyo centro se elevaba una cruz, simbolo todo de su imperial autoridad; pero el piadoso príncipe se la consagró á Dios, dando su corona al monasterio de Cluni, de que era abad san Odilon.

Pacificadas las cosas de Italia, y colmado Enrique de gloria, se restituyó á Alemania, donde, sosegados tambien del todo los anteriores disturbios, se aplicó enteramente á ser cada dia mas perfecto, y á hacer mas y mas felices á sus pueblos. Perdió del todo el gusto á los bienes criados por el de las cosas celestiales, y aun tuvo pensamiento de renunciar el cetro y dignidad imperial y pasar el resto de sus dias en algun religioso retiro; pero se le hizo conocer que en un solo dia haria mas bien desde el trono, adonde le habia elevado la divina Providencia, que podria hacer en muchos años reduciéndose á una vida particular y retirada.

La estancia en Alemania, y la paz que disfrutaba,

le dejaron en plena libertad para satisfacer su devoción. Nunca resplandeció mas la elevación de su virtud, ni el fervor que la animaba le permitía omitir obra alguna buena en que se pudiese ejercitar. El tiempo que no dedicaba á los negocios del estado le empleaba en visitar á los pobres en los hospitales, en arreglar las diferencias de sus vasallos y en el ejercicio de la oración. La emperatriz por su parte trabajaba cuanto podia en igualar á la piedad de su querido esposo, cuando rabioso el demonio por ver tan raros como grandes ejemplos en la corte, puso en movimiento todos sus artificios para turbar la tranquilidad de aquellas dos grandes almas, y para oscurecer su virtud.

Algunos hombres malignos se esforzaron en introducir sospechas en el corazón del emperador contra la fidelidad y contra la pureza de su castísima esposa. Lograron sorprender algo su piedad, y parecía dar oídos á la calumnia cuando el cielo tomó de su cuenta la defensa de la santa emperatriz, haciendo tan visible su inocencia, que quedaron confundidos los calumniadores. Condenó Enrique su excesiva credulidad; y pidiendo perdón á la princesa, sirvió este lance para estrechar mas el nudo del casto amor que unía á los dos santos esposos.

De la misma manera consiguieron preocuparle contra san Heriberto, obispo de Colonia; pero reconociendo muy en breve la virtud del santo prelado, el mismo emperador pasó personalmente á echarse á sus piés y á pedirle perdón de su lijereza, la que solo sirvió para que dejase al mundo este ejemplo mas de una humildad verdaderamente heroica. No lo fué menos el que dió de su paciencia en los disgustos con que le mortificó su hermano Bruno, obispo de Ausburgo. Sufocados en este prelado todos los impulsos naturales de la sangre y todas las obliga-

ciones de la religion y del estado, concibió un odio mortal contra el santo emperador. Era todo su estudio darle que sentir y desazonarle, ya llamando contra él las armas de los extranjeros, ya soplando el fuego de la rebelion entre sus mismos vasallos. Todo lo sufría y lo disimulaba Enrique sin exhalar una queja. Cuanto mas desacertada era la conducta del indigno hermano, mayor era la ternura con que le amaba el santo emperador, para quien no habia mayor satisfaccion que ofrecérsele ocasion de hacerle algun beneficio; pero insensible Bruno á todas las pruebas de su heroica virtud, fué siempre el azote del pacientísimo monarca, cuya santidad quiso purificar y ejercitar el Señor por la ingrata dureza de su hermano; ni Bruno se convirtió hasta que Enrique murió.

No se encerró su religioso zelo dentro de los vastos límites de su dilatado imperio; y animado de él, emprendió la conversión de Estéban, rey de Hungría. Con este fin, y teniendo presente la sentencia del Apóstol, de que *la mujer fiel santifica al marido infiel*, le dió por esposa á su hermana la princesa Gisela, enviando en su compañía excelentes operarios para plantar la fe en aquellas regiones. Convirtióse Estéban, y trabajó con tanto espíritu en ganar para Jesucristo á todos sus vasallos, que con razon se puede decir que el reino de Hungría tuvo por apóstoles á un rey y á un emperador.

Inquietos siempre los Lombardos, y no menos revoltosos los Normandos y los Griegos, turbaban la paz de la Iglesia y desolaban los pueblos de Italia. Marchó Enrique contra todos ellos; domó para siempre á los primeros; disipó las fuerzas de los Griegos y de los Normandos; apoderóse de las ciudades de Benevento, Troya, Nápoles, Cápua y Salerno; restituyó á la Iglesia todo lo que le habian usurpado; hizo reflorcer la religion en todas partes y tomó el ca-

mino de Roma. Ni las marchas, ni el mando de un numeroso ejército fueron bastantes para que jamás se dispensase en sus acostumbradas penitencias, ni para que omitiese ninguna de sus diarias devociones. Ayunaba muchos días de la semana, comulgaba los días señalados, y nunca dejaba de cumplir con todos sus ejercicios espirituales. Pasó por Monte Casino para satisfacer la particular devoción que profesaba al patriarca san Benito; y el santo se la premió prontamente, porque, sintiéndose atormentado cruelmente del mal de piedra, logró repentina y milagrosa curación por su intercesión poderosa.

Al retirarse de Italia tuvo aquella célebre entrevista sobre el río Mosa con Roberto, rey de Francia, uno de los mas virtuosos príncipes de aquel siglo; donde, animados ambos del mismo espíritu y del mismo zelo por la religión, concertaron las mas prudentes y las mas seguras medidas para el mayor bien de la Iglesia y del estado. Allí fué donde, habiéndose ajustado antes el ceremonial entre los dos príncipes, en fuerza del cual cada uno habia de partir al mismo tiempo en su chalupa, navegando hasta la mitad del río, á distancia igual de las dos orillas, pareciéndole á Enrique debia despreciar aquella escrupulosa etiqueta con un príncipe cuya virtud honra sobre manera, no obstante las convenciones, al romper el día partió de su campo, acompañado de algunos señores de su corte, y pasando el río, buscó al rey en el lugar donde tenia su alojamiento.

Visitó despues el santo emperador la mayor parte de las provincias de su imperio, habiendo dado acertadas providencias para que en todas ellas floreciese la religión, la justicia y el buen orden; y hallándose en el castillo de Grona, cerca de Halberstad, le acometió una grave enfermedad, y desde luego conoció que se acercaba su dichoso fin. Dispúsose

para él con nuevos esfuerzos de fervor; mandó llamar á la emperatriz Cunegunda, y en presencia de todos los señores y prelados que á la sazón se hallaban en la corte, le repitió nueva y pública satisfacción de la injusta sospecha que habia tenido contra su fidelidad en aquel tiempo en que se atrevió á atacar á su pureza la calumnia; declarando la dejaba tan intacta y tan virgen como habia entrado en su poder. Conocióse entonces que Dios habia permitido aquella tempestad para manifestar al mundo cristiano la heroica virtud de los dos castos esposos, cuya humildad sin duda supo ocultar al público hasta aquel día tan raro como heroico ejemplo de pureza, siendo cierto que nunca coronó la diadema dos sienes mas humildes. Duró casi un mes la enfermedad, en cuyo discurso dió el santo príncipe las mayores pruebas de su eminente virtud; y habiendo recibido con el mas devoto fervor los santos sacramentos, lleno de confianza en la misericordia del Salvador y de una tierna devoción á la santísima Virgen, espiró tranquilamente la noche del día 14 de julio del año 1024, á los 52 de su edad, 22 del reinado de Alemania, y á los 10 despues de haber sido coronado emperador. Los muchos milagros que desde luego obró el Señor en su sepulcro atrajeron á venerarle el concurso de los pueblos; y autenticadas estas maravillas, como tambien la heroicidad de sus virtudes, le canonizó el papa Eugenio III en el año de 1152, habiendo precedido las formalidades acostumbradas.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui hodierna die
beatum Enricum confessorem
taum, è terreni culmine im-
perii ad regnum æternum
transtulisti; te supplices exo-

O Dios, que en este mismo
día trasladaste al bienaventu-
rado Enrique, tu confesor,
desde el elevado trono del im-
perio de la tierra al reino eterno

ramus, ut sicut illum, gratia tuae ubertate praeventum, illecebras saeculi superare fecisti, ita nos facias, ejus imitatione, mundi hujus blandimenta vitare, et ad te puris mentibus pervenire. Per Dominum nostrum...

de la gloria; te suplicamos humildemente, que así como le preveniste á él con tu gracia para que venciese los atractivos halagüeños del siglo, así también hagas que nosotros, á su imitación, despreciemos los engañosos halagos de este mundo, y lleguemos á tí inocentes y puros en nuestros corazones. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 31 de la Sabiduria, y la misma que el día v, pág. 135.

NOTA.

« Con razon llaman los Griegos al libro del Eclesiástico *Panaretos*, esto es, libro que da preceptos » para el ejercicio de las virtudes. Puédese llamar » un compendio de todos los libros espirituales, lleno » de sentencias y de doctrina cristiana. Basta leer la » epistola de hoy para convencerse de esto. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que fué hallado sin mancha. Otra version dice: *Bienaventurado el rico que fué hallado sin mancha, que no puso su confianza en las riquezas, ni se engrió con ellas.* En realidad no hay cosa ni mas rara, ni mas digna de admiracion, ni mas acreedora á los mayores aplausos que un hombre rico, inocente y justo, modesto en su conducta, moderado en sus deseos, sin orgullo y sin ambicion. La escasez de estos milagrosos hombres no proviene ciertamente ni del mérito ni del valor de las riquezas; estas no comunican valor ni mérito, pues ellas mismas no tienen otro que el imaginario y arbitrario que el capricho de los hombres les ha querido conceder. Nace, pues, la escasez de hombres ricos, y al mismo

tiempo inocentes, de la corrupcion del corazon humano, del dominante imperio de las pasiones, y de que á la verdad hay pocas almas verdaderamente grandes. Déjase el hombre deslumbrar de un esplendor superficial y pasajero; triunfa y se pavonea, porque tiene mas medios de perderse. Amontonamiento de riquezas, ocasion de injusticias; posesion de riquezas, manantial de orgullo; uso de las mismas riquezas, semilla de desórdenes y principio de disolucion. El que solo piensa en brillar en el mundo, ¿cómo puede ser devoto? Pues ya se sabe que al mundo por lo comun solo se le da noticia de que uno es poderoso por la ostentacion, por la profanidad y por el fausto. La distincion á que se aspira, toda ella se pone de parte del amor propio y de la vanidad (1): *Dives effectus sum, inveni idolum mihi.* Un corazon poco cristiano idolatra las riquezas; ellas son su Dios, y en ellas lo encuentra todo. Los privilegios que este ídolo concede á los que le adoran son los siguientes: relajacion en los ejercicios mas comunes de la religion; derecho imaginario para dispensarse en las obligaciones mas esenciales de ella; ideas frivolas de lo que se llama decencia; lastimosos pretextos, y razones á cual mas ridículas para llevar una vida irregular y menos cristiana. Pero, mi Dios, ¿pasarán estos privilegios en el terrible dia de vuestras venganzas?

Asistir á la misa del pueblo, esa es devocion de la gente ordinaria, de que se avergüenza una dama rica y de calidad: hay hora y misa de los caballeros y de las señoras, que en algunas partes se llama *la bella misa*. Seguramente que no se asiste á ella por devocion, pues ni la humildad ni el respeto se componen bien con la profanidad. Puédese contar la bella misa en el número de aquellas concurrencias de buena

(1) Osee. 12.

educacion, que sirven para entretener un rato la ociosidad, y para variar la diversion. Hasta en los actos mas sagrados de la religion, que piden mayor respeto y mas profunda humildad, inspiran orgullo y altanería las riquezas. A los mismos piés de Jecucristo, hasta en las mismas sagradas aras se quiere hacer estudio y ostentacion de parecer mas rico y mas mundano. En ninguna parte se suelen afectar mas distinciones que en la iglesia. Ni la delicadeza quiere perder ninguno de sus derechos, ni el orgullo disminuir un punto de su fausto. Pero ¿de qué servirá hacer reflexiones, y darse por convencido, si no hay enmienda?

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia v, pág. 137.

MEDITACION.

DE LA PAZ INTERIOR.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ni los deleites, ni las honras, ni las riquezas produjeron jamás la paz del corazon. Ignóranla los dichosos del siglo, y solo puede ser fruto de la buena conciencia. Acompaña siempre á las diversiones y alegrías del mundo un inagotable fondo de turbacion y de iniquidad. Puede la ambicion por algunos pocos momentos contentar al corazon, y parecer como que le tranquiliza; pero muy en breve brotan las inquietudes interiores, y ni las pasiones, ni las prosperidades, ni los errores bastan para calmarlas; solo Dios sosiega el corazon plenamente.

Búsquese, solicítese, trabájese en el mundo cuanto se quiera para encontrar la paz; satisfáganse las pasiones; conténtense, si fuere posible, nuestros deseos; no salga al encuentro de nuestra fortuna ni competidor, ni émulo, ni otro embarazo alguno; embriá-

guense las almas, por decirlo así, en bienes, en gustos y en deleites: *Vanidad de vanidades*, exclama Salomon, *todo vanidad, todo afliccion de espiritu*. Diga en buen hora el mundano está tranquilo: miente; la paz del corazon solo puede ser fruto de la inocencia, de una perfecta resignacion á la voluntad del Señor y de una eminente santidad.

No por cierto; tampoco en las altas dignidades, ni en los empleos elevados se encuentra esta paz tan dulce y tan apreciable. Quien en el mundo está mas elevado, ese es el que está menos contento. Solamente la virtud posee el gran secreto de producir la paz del corazon. Recorre todos los estados, todas las edades, todas las condiciones; en todas partes hallarás infelices, desgraciados y descontentos. El fausto, la profanidad, la abundancia y los honores solo sirven para ocultar á los ojos del público las amarguras que se padecen en particular. Desengáñate, que mas espinas y mas cambrones producen los palacios que las chozas. Pero si en cualquiera de esos estados y de esas clases de la vida hallares un hombre santo, encontrarás en él un corazon contrito, cuyo semblante está rebotando alegría, cuyo espiritu parece el trono de la serenidad, y su alma está como embebida en cierta dulce satisfaccion, que la llena y que la harta; esto es lo que produce la gracia en una alma pura. Las cruces, las aflicciones, las mas amargas adversidades se quedan en la superficie, y nunca penetran hasta el corazon de los santos; de aquí proviene en ellos aquella igualdad inalterable, aquella dulzura como natural, aquella paz, en fin, que está á cubierto, ó á lo menos está á prueba de todos los accidentes de la vida.

¡Santo Dios, y qué desgraciado, qué digno de lástima es el que no os ama sin contemporizacion y sin reserva!